



VIII Premio Gonzalo Sánchez Vázquez

MANUEL RICARDO ROGELIO PAZOS CRESPO «COQUE»

pp. 121-<#>



La Junta de Gobierno de la Federación Española de Sociedades de Profesores de Matemáticas (FESPM) convoca bienalmente el Premio Gonzalo Sánchez Vázquez a los valores humanos en la educación matemática en homenaje a quien fue su Presidente de Honor.

En un sentido más particular, se premia la entrega desinteresada, el amor, el espíritu tolerante, la buena disposición... hacia los alumnos, compañeros y amigos en la enseñanza de la Matemática. Es decir, el magisterio en sentido amplio.

El premiado en esta octava edición fue Manuel Ricardo Rogelio Pazos Crespo «Coque», quien recibió el premio de manos de Serapio García Cuesta, presidente de la FESPM, durante las últimas JAEM de Palma, en julio pasado.

Este artículo es un extracto de las palabras pronunciadas por Coque al recibir el premio.

El Premio Gonzalo Sánchez Vázquez representa tanto para un maestro como yo, supone una honra tan grande, que debo pensar que su concesión no es a título personal y para mi solo. Creo que a través de mi persona se quiere premiar a tantas maestras y maestros que hicimos y hacemos por la Educación Matemática todo lo que podemos y sabemos. El que yo me sienta representante de esos otros compañeros y compañeras, que cuando menos tienen tantos méritos como yo, es porque creo firmemente que el hecho de que este galardón recayese en mi se debe a que alguien me propuso en el momento adecuado y en el lugar oportuno... A ese alguien, que desconozco, vamos a llamarle azar, que ya sabemos que en Primaria hay que trabajarlo algo más en el aula... Muchísimas gracias.

Tengo la certeza que a lo largo de mi vida no hice nada especial, si bien hay una constante en mi modo de ser: aunque no me considero un aventurero, no me gusta estar mucho tiempo en el mismo lugar, haciendo lo mismo y de la misma manera. Y eso es independiente de que sea maestro porque si tuviese otra profesión u oficio sería lo mismo... En mi asiento siempre terminan saliendo púas que me hacen sentirme incómodo en él. Por eso relativizo tanto lo de la vocación y hago más fuerza, más hin-

capié en la responsabilidad con que se afronta el trabajo, en el empeño que se pone en hacerlo bien, en sentirse más satisfecho con lo que se hace... y todo esto diría que redundan en y conforma la vocación...

El por qué de mi nombre

El sábado de Carnaval de 1948 con mi madre haciendo filloas en la lareira y yo llamando a la puerta para interrumpirle la tarea. Esperaron once días para inscribirme en el Juzgado y no sé cuánto tiempo hasta que me bautizaron, aunque creo que todavía no tenía dientes. Al bautizo asistieron mi padrino, mi madrina, mi padre, el cura..., y yo, claro. No recuerdo que hubiera más personas.

En el momento de proceder, el cura le pregunta al padrino: “E logo, como lle imos chamar ao rapaz?”. Máxima expectación ante la respuesta de mi padrino: “E chamáremoslle coma min, Manuel”. El alivio de mi padre fue tal que el hombre se atrevió a decir: “E daquela tamén podería levar o meu, Ricardo”. Bueno, está bien, pues Manuel Ricardo... Cuando parecía que todo estaba en orden, el cura miró a su alrededor, se dio cuenta de que el único varón que quedaba era él y dijo: “Y ya que no hay más hombres aquí también le podemos poner el mío, rediez...”. Rogelio. Y ahí va Manuel Ricardo Rogelio, sin haber hecho nada malo ni siquiera haberme equivocado en una cuenta de restar llevando. ¡Pobre de mí!



Paulino Estévez (presidente de ENCIGA), Coque (Premio GSV), Agustín Carrillo (Secretario General de la FESPM) y Julio Rodríguez (presidente de AGAPEMA)

Pero empiezo a ir a la escuela pública, mixta, unitaria de Peisaco y no vayáis a ver cuántos Manueles había... Cuando mis padres se casaron en 1945, el lugar en el que lograron construir una casita se llamaba Coque..., poco a poco, mis compañeros, amigos... me fueron substituyendo el nombre de Manuel por el de Coque y tanto es así que nadie me conoce por los nombres del bautismo que tanto trajeron de calle a mi padre y que fueron fagocitados totalmente por Coque... Y Coque quedó.

Mis primeros contactos con las matemáticas

Cuando pisé la escuela por primera vez tenía 9 años. Mi madre, que era modista y, en su taller de costura, trabajaban entre 12 y 20 chicas, me enseñó a leer en el Silabario, pero en realidad en donde aprendí fue en los tebeos del Capitán Trueno, el Jabato, Miltón el Corsario, Roberto Alcázar y Pedrín, Hazañas Bélicas, etc... A nivel de números me enseñó lo que ella sabía: contar, sumar, restar, multiplicar y dividir por una cifra.

Entre tantas mujeres, yo era el encargado de hacer recuento de todo el material de costura: botones de nácar, de pasta, hilos, alfileres, agujas, creas, papel para patrones, fornituras... También aceitaba las máquinas y las limpiaba perfectamente... Los patrones para los distintos modelos que le pedían a mi madre, ella los confeccionaba con las correspondientes medidas de cada cliente en pliegos de papel de corte que venían en 12 unidades que formaban una mano. A la hora de comprar resultaba más económico pedir una gruesa, es decir, una docena de docenas de pliegos a partir de la cual yo hacía las manos, más cómodas de manejar. Estaba

utilizando el sistema duodecimal de los astrónomos de Mesopotamia...

También trabajé la Geometría de una manera manipulativa. Cada nueva chica que venía al taller necesitaba un acerico para poner las agujas y alfileres, y de esa tarea me encargaba yo. Para ello recortaba el fieltro en un rectángulo de doble base que altura utilizando los utensilios de mi madre (regla, cartabón, escuadra, tiza para telas...) que luego cosía en la vieja máquina *Singer* por dos lados y medio, les daba la vuelta, los llenaba de serrín y los remataba a mano con aguja e hilo. Puede ser que a base de trabajar con cuadrados o con rectángulos de doble base que altura surgiese mi afición luego al tangram chino.

Las formas «redondas» las fui interiorizando forrando botones de estructura metálica con telas variadas que había que recortar en círculos. ¡Qué maravilla de botones! Enormes para abrigos de paño, medianos para faldas y chaquetas, pequeños para blusas, y más pequeños para puños. Incluso los había con corona cir-

cular. Lo peor era cuando se te cortaba la tela en el molde de las fornituras y quedaba la estructura metálica al descubierto. Así aprendí lo que eran circunferencia, círculo y corona circular. Gracias a los moldes de forniture también trabajaba convexidad y concavidad, sin saberlo, claro.

Y pasado, pues, este preparatorio, comencé a ir a la escuela pública de Peisaco en la que un extraordinario maestro malpicán, D. José Loureiro, se esforzó para que yo pudiese aprender todo aquello que me permitió a los pocos meses hacer y superar el examen de Ingreso de Bachiller.

De maestro a formador

Curso 1967/68: Selectivo en Santiago, en la facultad de ciencias, mi padre emigrado en Rotterdam, mi madre cosiendo a todo trapo... y yo corriendo, cantando el *Gaudeamus Igitur* y el *Venceremos Nos* y saltando y «disgregándome» delante de los grises por las calles de Santiago... De las cinco asignaturas del curso aprobé dos en junio, y del disgusto ya no me presenté en septiembre. Perdí la beca y después de mucha insistencia por parte de mi entorno me



Coque durante su intervención

matriculé en Magisterio a última hora. Años más tarde me enteré que yo también había vivido el mayo del 68. Al terminar Magisterio y ser de acceso directo, por notas, enseguida empecé a trabajar en los distintos destinos que me correspondieron.

Los dos primeros fueron en A Coruña capital. El primero, solo trabajé el último trimestre del curso, pero el segundo fue un curso completo (el 1972/73). Se trataba de una escuela unitaria, solo de niños, y tenía que substituir a un compañero que llevaba en la plaza más de 30 años. El edificio era una casa de planta alta y había clase en el bajo y en el 1º. Era joven y las escaleras las subía y bajaba rápido. Estaba situada muy cerca de la Escuela Oficial de Náutica, junto al Estadio de Riazor, y tenía en los alrededores unos campos que aprovechábamos para jugar en los recreos y hacer deporte. Pero pronto se acabaron los espacios verdes y en un santiamén fueron substituidos por edificios, sin vallar, y de cuyas paredes pendían, a modo de plomadas, dos o tres ladrillos atados a un cordel.

De vez en cuando, los materiales de obra estuvieron a punto de causar un accidente serio y, cansado de la situación y con todo el arranque y la fuerza de la juventud, me presenté en Inspección para poner todo ello en su conocimiento. Me recibió el Inspector Jefe y cuando le expuse la situación y le conté el riesgo que corrían los niños me contestó que también en Vietnam caían bombas. Ante tan lamentable respuesta me envalentoné diciendo que yo no daba clase allí en tanto en cuanto no vallasen la zona de peligro y no mandasen a un compañero o compañera para que me ayudase, porque yo no podía dar clase a dos alturas. Acababa de casarme y teníamos el teléfono recién estrenado, le dejé el número y le manifesté que esperaba su llamada para saber cuando el problema estuviese solucionado y sin esperar contestación salí de su despacho.

A los diez o doce días me llamó mi inspector de zona diciéndome que me acercase a la escuela para ver el vallado y también aprovechó para comunicarme que al reanudar las clases tendría un compañero, Jesús Breijo, de Ortigueira, que era de la promoción siguiente a la mía. Locuras de juventud.

De ahí me fui a Camariñas, en Costa da Morte, donde empecé a trabajar en equipo y a vivir la escuela a tope. Había épocas del curso que entrábamos en el Centro a las ocho de la mañana y salíamos a las diez de la noche. ¡Como se disfruta con el trabajo cuando uno hace lo que le gusta! Y así pasé cuatro años hasta que pedí traslado a Laracha, ayuntamiento donde nació.

Al segundo año me eligieron director. Acabando el quinto curso presenté la dimisión por agotamiento, me incorporé a las clases en el mismo centro, y tan contento. Pero por pura casualidad, a comienzos del curso 1988/89, me enteré de la convocatoria de plazas de Formador de Formadores en el DOGA (2). Envié la solicitud y, sorpresivamente, un viernes de febrero, me llega un telegrama para que me presente al lunes siguiente en la UAB. Ni me lo pensé, cogí el coche y me fui a Barcelona.



Paulino Estévez (presidente de ENCIGA), Pilar (esposa de Coque), Coque con el premio GSV, Serapio García (presidente de la FESPM), Julio Taboada (presidente de AGAPEMA) y Agustín carrillo (Secretario General de la FESPM)

Esa decisión supuso un antes y un después en mi vida profesional y fue de lo más ilusionante que me pasó a lo largo de ella, quizá por lo inesperado y por el cambio radical que supuso en mi devenir profesional. Fue esta formación la que nos llevó a predicar por Galicia la buena nueva de la LOGSE, aguantando orvallos, chaparrones y tormentas... Rayos y truenos... Recuerdo en una ocasión a la salida de un curso cuando un catedrático asistente al verme cargado con geoplanos se dirigió a mí diciendo: “Hay que ver que duras son estas matemáticas de madera...”.

En formación del profesorado realizamos un trabajo estajanovista... Creíamos en lo que hacíamos y poníamos en ello toda nuestra ilusión. Resultan difíciles de olvidar aquellos proyectos de formación en centros en los que experimentabas con materiales totalmente desconocidos para el profesorado y a partir de cada uno ibas buscando todas las actividades posibles que te ayudaban en cada nivel a construir el conocimiento matemático de los niños. Tampoco es fácil de olvidar el funciona-

miento de algunos grupos de trabajo, como Octógono, del que todavía hoy quedan algunos restos trabajando para AGAPEMA, que por cierto creamos el 16 de diciembre del 2000.

El gran problema que detecté en formación del profesorado fue que los profesores interesados en la formación eran casi siempre los mismos, siendo muy difícil llegar a las bolsas de profesorado que no sentían necesidad de la formación, y solo lo hacían por imperativo legal. A veces buscaban las horas de formación a través de otras actividades no siempre relacionadas con lo que de verdad necesitaban y en otras instituciones que ellos consideraban más cómodas.

Y llegó un momento en que, para la administración, las matemáticas, y también las demás áreas, pasaron a un segundo plano y predominaban otro tipo de proyectos, como la diversidad, la transversalidad, los controles de calidad. Creo que entre todos desaprovechamos una gran oportunidad para mejorar en educación matemática y de hecho vemos con tristeza como todo lo conseguido en el terreno institucional de la formación está en vías de ser un erial, de ser tierra quemada. Y, ¿quién lo iba a decir?, las sociedades de profesores volvemos a tener que recuperar nuestro protagonismo, en ese sentido,



Este aplauso es para ti, querido Coque

para evitar en la medida de lo posible que el desastre sea total. Y eso se consigue con el apoyo y la solidaridad de todo el profesorado, sobre todo de aquellos más jóvenes, y con la ayuda de la experiencia de los mayores. ¡¡¡Es el momento de estar más unidos que nunca y no dejarse vencer!!!

El aula y el alumnado

Renuncié a la comisión de servicios en junio de 2003 desilusionado por los derroteros que iba tomando la Formación Permanente y me incorporé al aula en el IES Eusebio da Guarda de Coruña. Fueron de los años más felices de mi vida en la enseñanza. Yo me lo pasé de maravilla y pienso que la mayoría de mi alumnado también, como lo demuestra la relación que seguimos teniendo a través de las redes sociales.

Consciente de que no soy quien para dar lecciones a nadie sobre cómo enseñar matemáticas, sí me gustaría decir algunas cosas de las que a mí siempre me dieron resultado en todos los centros en los que he estado. Me refiero a la gestión del aula que me parece tan importante como la materia que se intenta enseñar. Tiene que haber un tratamiento de base y transversal del que no se puede olvidar ningún profesor. Sabido es que el alumnado aprende de lo que hace el profesor más que de lo que el profesor dice. Se trata de referentes inspirados en una frase de Celestin Freinet: Ayuda en lugar de corregir y sancionar

- 1) Procuré conocer a mis alumnos.
- 2) Pacté, consensué con ellos algunas normas.
- 3) Yo era el profe y quien dirigía la clase, no mis alumnos.
- 4) Algunas normas específicas para los padres.

Decía Mark Twain que «la amabilidad es el lenguaje que los sordos pueden oír y los ciegos pueden ver».

Y para terminar dos cosas. La primera, que me gustaría contaros lo último que les dije a mis alumnos, aquel viernes de junio de 2008, en mi último día de clase:

*Para ser grande, sé inteiro. Nada
teu esaxeres ou exclúas.
Sé todo en cada cousa. Pon canto es
no mínimo que fagas.
Así en cada lago a lúa inteira
brila, porque alta vive.*

*Ricardo Reis
(heterónimo de Fernando Pessoa)*

La segunda, que me quedan algunos agradecimientos, claro que sí, ¡como iba a olvidarme de Pili! ¡Que iba a ser de mi sin ella! Sin mis hijos Miguel y David, sin sus parejas Montse y Marinha... sin mi nieta Laura... ¡Qué bien casé! Y, por si fuese poco, ¡ahora me concedéis el Premio Gonzalo Sánchez Vázquez! Y es que a mí en la vida solo me pasan cosas buenas. Por eso me viene a la mente aquella canción de Violeta Parra, que a mí me gusta como la cantaba Mercedes Sosa: Gracias a la vida.

*Gracias a la vida que me ha dado tanto.
Me dio dos luceros que, cuando los abro,
perfecto distingo lo negro del blanco,
y en el alto cielo su fondo estrellado,
y en las multitudes la mujer que yo amo.*

Muchas gracias a todos. ¡Que seáis muy felices!

Coque